


## Xavier Guerrero, poeta con pincel



A numerosos artistas el público les paga con múltiples y frecuentes elogios; muchos se llevan, antes de su muerte, el reconocimiento colectivo a su quehacer. Desafortunadamente otros —pensemos por ejemplo en el caso legendario de Van Gogh— se van sin recibir el aplauso que merecen hasta que les llega de manera póstuma. Otros más, quizá la minoría, se van sin recibir nada o muy poco y ni siquiera tras su muerte viene lo deseable: el homenaje, la gratitud, el elogio. Tal es, me parece, el caso de Xavier Guerrero, artista notabilísimo, hombre de dimensión universal que nunca ha sido valorado, como bien merece, en la tierra donde nació, en la Comarca Lagunera que hoy le brinda, mediante una retrospectiva, el tributo mínimo que acaso nos servirá a todos para ponderar por vez primera la inusitada calidad de sus cuadros y el dominio de sus técnicas.

Xavier Guerrero nació en San Pedro de las Colonias, Coahuila, en 1896. El arco de su vida se extendió hasta 1974, y en medio de esas dos fechas logró edificar una existencia consagrada al arte. Consumió a plenitud su vida de creador, y con esto queremos decir que el lagunero no vivió encerrado en su taller como guardián del artepurismo. Al contrario, el trabajo de Guerrero le dio resonancia a su apellido: fue un artista involucrado con su lugar y con su hora. El dolor, la lucha social, la solidaridad, el optimismo revolucionario y el humanismo visto desde el muro, desde el lienzo y desde el papel no le fueron ajenos. Su mano fue, pues, tan diestra con el pincel como generosa y combativa.

---

Uno de los textos que he escrito para figurar como hoja de presentación a expositores. Debo a mi amigo Alonso Licerio la revelación de nuestro pasiano Xavier Guerrero. La retrospectiva del artista sampetrino fue montada hacia 2003 en la Galería de la Ibero Torreón.

Maestro de su oficio, Xavier Guerrero compartió sin regateo sus conocimientos a muchos otros creadores; el más famoso fue Diego Rivera, pintor que le adeuda al sampetrino las técnicas de la pintura al fresco. Porque Guerrero fue, digámoslo con énfasis, artista y artesano. Su dominio de materiales e instrumentos, de superficies y temperaturas, no riñó nunca con su telúrica inspiración creativa. Allí están sus cuadros para confirmar que la plástica no tuvo secretos para él, y que junto a la frialdad de la técnica convivió la calidez de poeta que escribió versos —que son trazos— dotados de enérgico vigor expresivo. La pericia de su mano fue tal que asombra no considerar al sampetrino ya, ahora mismo, el más grande pintor lagunero de todos los tiempos y, sin litigio, uno de los mejores de México.

La Laguna le debía a Xavier Guerrero, por todo, un reconocimiento digno de su dimensión artística y humana. Aquí lo tenemos. Con esto resarcimos en algo el enorme silencio tendido sobre la figura del maestro. Además, la UIA Torreón no podía conmemorar mejor su vigésimo aniversario: la obra de un lagunero universal está frente a nosotros y esa es, por sí sola, toda una celebración. Celebremos, pues.

## Anzuelos del cine



Quienes nacimos en los sesenta fuimos persuadidos para entrar a las salas de cine por medio de un tipo de publicidad que ahora podríamos calificar, bajita la mano, como *rupestre* (para nosotros, sin embargo, no lo era tanto, pues carecíamos del referente que hoy nos ofrece la mercadotecnia de Hollywood). En el caso mexicano, se trata de esos afiches chillantes y gritones que llamábamos *cartulinas* y que adornaban la fachada del Palacio, del Elba, del Variedades, del Nazas y de otros muchos cines que en La Laguna y en todo México anunciaban sus estrenos al respetable público. Una foto fija, un eslogan, el nombre de una actriz y muy de vez en cuando el de un cineasta lograban convencernos de que tal o cual cinta merecía el sacrificio de formarse en la taquilla. Eran, pues, los anzuelos que atrapaban a la clientela con un diseño *naïve*, trochísimo, preCorel-Draw, según esto bien bonito pero en realidad tan feo que su horripilantez tocaba el otro extremo de la estética y se volvía bello, atractivo, hermoso dentro de su miseria.

Las cuarenta cartulinas de la exposición *Anzuelos del cine* —ofrecida en el marco de la V Feria del Libro de la UIA Torreón— apenas pueden condensar, de un vistazo, los miles de papeles que se imprimieron para que nuestra industria cinematográfica no saliera a la calle desnuda de *marketing*. El resultado no fue todo lo halagüeño que quisiéramos y al fin la mayoría de los mexicanos coincidimos en la detestación del cine que nos cupo en (mala) suerte, aquel cine baratero

---

Creo que es un texto inédito. Fue la carátula de una muestra de carteles de cine (*cartulinas*, como les decíamos) ofrecida, gracias a la iniciativa de mi amiga Claudia Máynez, en la UIA Torreón durante la Feria del Libro 2001. Las cartulinas a las que aludo son de mi propiedad.

que sólo ha servido para provocar ora carcajadas, ora lástima, ora repudio y muy pocas veces elogios y nostalgia.

¿Qué queda de todo eso? ¿Qué queda de la legendaria e inoperante COTSA? Casi nada, pues ahora ni la tele se atreve a transmitir aquellos filmes y cuando lo hace los confina en el *ghetto* de Galavisión. Lo único que podemos rescatar de esas cenizas es, quizá, un puñado de cartulinas. Ojalá y esta miniexpo nos ayude a recordar el cine al que fuimos condenados quienes nacimos en la edad de piedra.

## Cien años de celuloide



El cine es, además del arte más joven, el que de alguna forma sintetiza a todos los demás. El cine es literatura, música, pintura, danza, escultura, arquitectura. En pocas palabras, el cine es todo. Por esa virtud compendiadora, esta rama de la belleza se ha convertido, desde el 28 de diciembre de 1895, en el ámbito más influyente de la sensibilidad en la última centuria. El cine ha sido capaz de transformar la visión del hombre, su emoción y su pensamiento. Gracias a él, los habitantes de este siglo hemos tenido la oportunidad de desdoblarnos hasta lograr múltiples conversiones apetecidas por nuestro subconsciente: con el cine hemos podido ser, aunque sea un rato, héroes o rufianes, monstruos o dandys, locos o iluminados. El cine ha penetrado en nuestros huesos y nos ha permitido redimensionar la realidad: hoy conocemos más al hombre porque el cine nos ha puesto frente a miles de destinos, hoy conocemos más a la vida porque en el cine ha cabido entera la historia de la humanidad. De las cavernas al espacio extraterrestre, el cine ha paseado su lente y su micrófono para que el hombre visite paraísos antes vedados a miradas tan propincuas. No sin asombro infantil, los espectadores del siglo xx hemos visto toneladas de celuloide en las que, con mayor o menor fortuna, el fenómeno estético se dio si alguien fue tocado por una secuencia, por un rostro en primer plano, por una pieza musical, por una sinuosidad erotizada, por un paisaje, por todo eso junto. Es ahí donde reside lo importante: el cine es el conducto ideal

---

Texto que de rebote me dio una gran satisfacción. Lo escribí en 1995 como editorial de *la tolvana* para conmemorar el centenario del cine. Gracias a Gilberto Prado llegó a las manos de Daniel González Dueñas, quien lo filtró a la revista-boletín de la Cineteca Nacional, donde lo republicaron. Fue una grata carambola de tres bandas.

inventado por el hombre para encender el fenómeno estético que late en todos nosotros, seamos ángeles o malvados, seamos listos o tontos. Los elogios pueden proyectarse al infinito, las explicaciones también, pero lo indudable es que la grandeza del cine consiste en una gigantesca nimiedad: gracias a las imágenes en movimiento y al sonido, el cine construyó una vida paralela a ésta de la cual no podemos desprendernos; es, de hecho, una vida más hermosa que la nuestra, ya que nos presenta las imágenes del mundo desde perspectivas que rompen con la pobreza de nuestras visiones y acompaña con música y poesía eso que vemos en la pantalla iluminada. Así como Borges aseveró que todas las artes aspiran a la condición de la música, podríamos enfatizar que todas las artes aspiran a desembocar en el océano cinematográfico. Basta una película —y cada quien ya la escogió— para demostrar que gracias a la más joven de las artes el mundo se transforma y nos ofrece la posibilidad real de ser lo que no somos, de meternos a la fantasía sin un molesto sentimiento de intrusión. A cien años del cine, y porque el mundo ya no puede prescindir de él, *la tolvenera* se alegra en demasía de saber que le ha tocado en suerte vivir en tiempos del cine, arte que condensa a todas las demás bellas artes, milagro hecho de luz que hace un siglo exactamente comenzaba su labor primordial: asombrar al hombre con la detonación del fenómeno estético tan común en todos lados, tan común y tan habitual que el cine lo ha recogido aquí y allá, durante un siglo, y lo ha atesorado en las miles de películas que hoy nos contemplan.

## Cine y literatura: un matrimonio inevitable

---

En estricto sentido, toda obra cinematográfica parte de la literatura si consideramos que el guión es un boceto en letras de lo que después se convertirá en imágenes y sonidos. La película, pues, depende para arrancar del carburador verbal, de las palabras que todo el equipo de producción debe conocer antes del rodaje si se apetece articular una obra digna de aprecio. No se puede pensar, por el contrario, que esa larva que es un filme cuando se encuentra todavía en su estado de guión sea omitida en el proceso de creación cinematográfica. Es aquí tan necesario el guión —película en estado latente— como lo puede ser una partitura para una sinfonía: prescindir de esa escritura casi indefectiblemente deviene caos, desastre.

Si el cine requiere de la palabra como catapulta, puede apelar a ella sin ayudarse de la literatura creada a propósito para ser *literatura*. He aquí un deslinde: el guión puede ser armado de manera original o puede ser una adaptación, ceñida o libre y hasta libérrima, de alguna obra literaria. Lo que nos interesa ponderar aquí es la segunda, la que entabla estrechas ligas con la novela o con el cuento, con la narración deliberadamente literaria.

Para empezar, el lenguaje del cine se nutrió del literario con más de un recurso. Los ejemplos de este empréstito son la elipsis, la retrospectión, la prospección, la cámara subjetiva, el *close up*, el paneo, entre los más socorridos. Mientras la literatura ya los usaba, torpe o eficazmente, desde Homero, el cine los incorporó a sus herramientas desde Griffi-

---

Texto leído en el Auditorio San Ignacio de Loyola de la UIA Torreón en el marco de las Jornadas de Integración (abril de 2002), donde participaron también los maestros Eduardo Santoyo y Miguel Báez Durán. El texto lo publiqué en *Vínculos* y en *Espacio 4*.

th y Meliés, es decir, desde su nacimiento hasta le fecha. Ahora nos parece natural lo que no era así cuando los hermanos Lumiere proyectaron su primer film. Si un personaje viaja rumbo a Europa, es lo más normal ahora que sólo veamos su salida y su llegada, de tal manera que con la elipsis se abreviaron por lo menos ocho horas de tiempo muerto. Es tan elástico este recurso que se puede avanzar a gran zancada sin que la anécdota se extravíe, como cuando un niño presencia el asesinato de su padre y con una kilométrica elipsis vemos que en tres patadas ya es adulto y ha vivido con la ilusión de consumir su venganza.

Otro recurso literario, el *flash back* o retrospectión, es de los más sobados en el arte cinematográfico y es viejo ya en el instrumental de la literatura. Cuántos decenas de películas no hemos visto en las que un viejecillo, pongamos por caso a Salieri, abre la película *in extremas res* para luego ceder paso a la reconstrucción de su vida en el pretérito. Pespuntear del presente al pasado, jugar con el tiempo como con las piezas de un mecano, es otro de los préstamos del arte verbal al arte filmico.

Nomás para no dejar, menciono el recurso de la descripción exhaustiva propia de casi cualquier novela; ¿no ha sentido el lector/espectador que un paneo es en el fondo el sucedáneo de una minuciosa descripción literaria? O cuando la cámara escudriña los rasgos faciales de una hermosa actriz ¿no hace con eso pormenorizar con imágenes lo que también puede ser pormenorizado con palabras? En fin, la literatura guarda con el cine más de un parentesco técnico, y no me detengo a pensar en la estructura dramática tradicional —el inicio/incógnita, medio/nudo y fin/clímax/desenlace—, copia al carbón del cine al teatro, a la novela y al cuento más convencionales.

No se piense, entonces, que la fraternidad cine-literatura se da sólo en el terreno de la anécdota; es cierto que el cine ha amoldado muchas historias primigeniamente literarias y muchas veces ha tenido fortu-

na al hacerlo, pero no es menos cierto que no basta adaptar bien una historia. En el cine es necesario añadir más ingredientes a la ensalada del rodaje; mientras la anécdota en la literatura se defiende sólo con palabras, en el cine la anécdota es arropada por otros elementos, y de su adecuada armonía depende siempre el éxito de la adaptación. Un ejemplo: ¿de qué sirve comprimir muy bien *Los miserables* si fracasa el *casting*, o la música, o el vestuario, o la fotografía, o la edición, o el maquillaje, o todo eso junto?

Por ello precisamente creo que muchas malas novelas pueden convertirse en buenos filmes. Lo que no es capaz de lograr la desnuda palabra viene y lo suple magistralmente una buena actuación o una excelente música o la combinación de ambas.<sup>1</sup> Y por eso, también, muchas obras literarias de suyo insuperables —*Pedro Páramo* es un paradigma— se quedan en pálido remedo y muy difícilmente lograrán convertirse en películas que superen al punto de partida, aunque esta afirmación siempre provocará alguna polémica.

De cualquier manera, pienso que el cine es un extraordinario complemento de la literatura y por lo general lo acepto de buen grado, sin demasiada exigencia. El cine puede ser, bien mirado, una forma de divulgación de los buenos libros, aunque sobre este planteo anoto mis reservas, dado que en la actualidad leer es una práctica amenazada por los arponazos de la indiferencia alimentada por el eros icónico, para decirlo con alguna resonancia guberniana.

Además, hago un paralelismo y pienso en lo que Monterroso observó sobre las traducciones: si la obra es magistral, resiste hasta la irresponsabilidad de los malos traductores. Igual, si la novela es formidable, puede resistir hasta la dirección de Juan Orol, probablemente el peor director de cine en la historia de la humanidad. Tal vez por eso el Robinson Crusoe que más recuerdo es aquél que vi en mi niñez y que todavía, de vez en cuando, pasan en la tele; es cierto que lo dirigió el abominable René Cardona, es cierto que de náufrago la hizo el no

menos detestable y nunca suficientemente vituperado “actor” Hugo Stiglitz, es cierto que su música y su edición son detestables, pero a todos esos obstáculos se impuso el genio imaginativo de Daniel Defoe. Para que el cine funcione, en suma, en algún lugar debe encontrarse el genio, y en ocasiones éste puede ser el de un modesto narrador que se sobrepone a la incuria de todo un equipo, desde el director hasta el mandadero.

*Comarca Lagunera, 8, abril y 2002*

#### NOTA

Ésta es la mayoría de los casos: malas novelas, deficientes cuentos son rescatados por el cine y convertidos, a veces, en obras de notable calidad. Los dos ejemplos que me llegan a la cabeza son *El silencio de los inocentes*, insignificante obra literaria de Thomas Harris, *best seller* de baja monta, pero cinta muy bien contada y mejor actuada; o *Sueño de fuga*, un mamotreto más de la zaga —con deliberada zeta— de Stephen King transformada en película de verse. Una feliz coincidencia se da en muy pocas cintas, y traigo aquí los ejemplos de *El apando*, noveleta adaptada al cine por su autor, José Revueltas, y por José Agustín, o *El gallo de oro*, otra maravillosa historia que le debemos al inagotable Rulfo.

## Nostalgias de un cinéfilo hedonista

---

Nunca he ido al cine para señalar errores técnicos o para detectar aciertos estructurales en las cintas. Mi convivencia con el cine, a diferencia de mi roce con la literatura, ha sido absolutamente hedónico. De innúmeras destrezas me sé incapaz, y una de ellas, aunque la he intentado, es la de desmenuzar con tino una película. Entonces, he tenido que resignarme al placer de mirar decenas de filmes con perplejidad de niño y a reconocer, en muy pocos, la habilidad para explicar una obra filmica con pleno dominio de sus herramientas exegéticas. No me molesta mi villamelonía cinematográfica, dado que prefiero aparecer como sincero antes que como sabelotodo. Lo mismo me pasa con la música y con la pintura, otras artes que frecuento como mero espectador, como mero aficionado norteño. En todos los casos creo vislumbrar a la distancia de mis recuerdos el ya añejo placer que me provocó el contacto con la belleza elemental, pero la memoria es selectiva y el olvido despedaza muchas imágenes; las que guardan algún contacto con el cine, si no me engaño, siguen vívidas y pueden ser motivo para la nostalgia con algo de claridad.

Es probable que la primera vez que vi una película fue en el ya desaparecido cine Palacio, de mi Gómez Idem querido. Sospecho que fue la primera y la última que he visto con mis padres. Se trataba de *El profeta*, estelarizada por el ya decadente *Cantinflas*, cinta que he podido ver otras veces en televisión. Digo que fue la primera no porque esté seguro, sino porque mi mente no registra otro asombro parecido hasta ese momento. Recuerdo la enorme sala, las risas de la gente, la oscuridad del momento y el estupor de mis cinco años. Cuando mi hermano

---

Lo publiqué en *la tolvanera* allá por el 95.

mayor, Luis Rogelio, llegó a los ocho, ya me dejaban acompañarlo al matiné del cine Elba, bodegón apostado a media cuadra de mi casa y que servía de sala con sillas plegables de madera que uno mismo acomodaba. Yo tenía como seis años pero aún no pierdo las imágenes de aquellos domingos ingenuos, sin escuela y sin tareas, felices porque en las mañanas, tal vez desde las nueve o diez, comenzaba la función de tres películas por un peso grandote y con la cara de Morelos. De esto sí estoy seguro: en el Elba vi todas —y no fueron pocas— las películas del Santo, idolazo de todos los mocosos todavía a principios de los setentas. Claro que para rellenar ponían a *Tin-Tan* o a *Viruta y Capulina*, pero las de gala eran las del Enmascarado de Plata. No me apena ese pasado, pues yo, como muchos niños de la época, no lo elegimos. El Santo era un chingón y creíamos en él como se cree en dios: con admiración y miedo, ya que luchaba contra El Mal sin importarle lo ridículo de los argumentos que le enjaretaban. El Santo era la maniquea representación del Bien más musculoso y ni había pinche zombie, hombre lobo o draculita al que no le partiera su puta madre con llaves y quebradoras que luego todos intentábamos jugando a las luchitas en la banqueta del barrio. Para mí hay dos malosos que no se me borran y contra los que Santo sí tuvo que ponerse muy trucha: el marciano (Wolf Ruvinkins) y el peligroso Cerebro del Mal, personaje éste que de tan siniestro adornó mis pesadillas por aquellos días. De las dos épocas prefiero la de blanco y negro a la del technicolor, pues en ésta ya nuestro héroe estaba muy panzón y su decadencia parecía inevitable. Como los niños no veíamos otro cine de aventuras, el de Santo fue nuestro cubil para ejercer la fantasía. Aunque parezca —o haya sido— una pendejada, todos creíamos en el luchador, creíamos en sus amigos de la Interpol, creíamos en las rubias que se enamoraban del Santo y lo basaban con todo y máscara, creíamos en las momias y en las terevelazquezcas vampirezcas, creíamos en las computadoras marca *Maizoro* que el gran encapuchado tenía en su guarida secreta. Santo era Santo,

y no se parecía a nadie, por eso se ganó el respeto de la raza que vociferaba, en el punto climático de cualquier película, el famoso Santo-Santo-Santo que estremeció los butacajes de todo México con sin igual estrépito. Hoy, muy *a posteriori*, puedo decirles bodrios a las películas del Santo; antes no lo eran, y prefiero recordarlas como las cintas que me otorgaron el pasaporte del goce a las ficciones cinematográficas. Descanse en paz mi Santazo del alma.

Recién desempacado en la adolescencia, los hervores de carne comenzaron su largo cosquilleo (y hasta la fecha). Ya estaba en decadencia, pero el cine de Mauricio Garcés era a mediados y a finales de los setentas el que más nos enseñaba mujeres en bikini, alimento para otras fantasías un poca más secretas. Casi siempre solo, iba al cine y me chutaba algún largometraje como *La aventura del Poseidón* junto a cualquier porquería de René Cardona Jr., “director” que ya comenzaba su larga cadena de churros. No se me olvidará nunca —y eso es lo asombroso del cine— que una porquería de Cardona Jr., *Los supervivientes de los Andes* (con el “actor” Hugo Stiglitz), me dejó salir del cine Roma casi conmocionado y con ganas de luchar Por Un Mundo Mejor. En esa misma época —hablo de principios de los ochentas— Bruce Lee nos llegó de no sé dónde y nos enseñó a tirar madrazos a la usanza oriental. Mi favorita, y la de todos, fue *Operación Dragón*, cinta que nos hacía salir de las salas con espíritu de karatecas.

Eran los finales de la secundaria y el inicio de prepa, y todos, aunque nos hiciéramos los occisos, anhelábamos ver chichis y nalgas en la pantalla dizque de plata. Sin cartilla militar, se rumoreaba, era difícil entrar a las funciones “para adultos”, pero en más de una ocasión, en grupo, arriesgamos la vida frente al fantasma de Prevención Social y nos colábamos a la oscuridad para verles una teta fugaz a las italianas Edwige Fenech o Gloria Guida, actrices que junto con Agita Wilson y Laura Gemser eran lo más cachondo que uno podía concebir como inspiradoras de chaquetas. Todos espinilludos y apestosos a sobaco de

quinceaño nos recomendábamos los bodrios y recuerdo una convertida en reto por la mitotería juvenil: *Amor, lujuria y sexo*; si alguno lograba entrar al cine y verla se convertía —automáticamente— en autoridad sobre películas eróticas. Con distintas palomillas entré a todo el circuito lagunero de cines cucarachentos: el Palacio, el López (de Ciudad Lerdo), el Nazas, el Princesa, el Variedades, el Martínez (cuando el TIM era el altar de Lando Buzanca y no de Ramón Shade), el Laguna y por supuesto el más corriente del mundo y aún de pie: el Dorado, sala que suplía deplorables exhibiciones filmicas con los gritos barbajanes y graciosos de la pelusa que entraba(mos). Jerry ha de recordar un *ex abrupto* de cierto pornólatra exigente un tanto defraudado por la película: “¡A quihoras empiezan a coger, cabrones!” Ése era el delicado estilo de los asistentes ordinarios a las salas barribajeras.

Era, es, otro mundo. La oscuridad, el rito colectivo, la franja de luz que divide la sala, el olor a palomitas y a pipi, la experiencia inigualable de penetrar a un ámbito que necesariamente dislocaba, disloca, la realidad de todos los espectadores.

## Invitación a *Vislumbre de cineastas*

---

Por ocio, por Hollywood, por las ubicuas tiendas de videos, por la vaciedad de ciertos días, por el satélite y el cable, por todo eso junto, el cine es hoy un placer absolutamente socializado. Tanto lo es que se podría afirmar, con un desplante estadístico, que de cada diez personas encuestadas a once les gusta el cine y lo consumen por lo menos una vez a la semana. La hipérbole parece un disparate, pero no lo es: en la sala de cine o en la sala de la casa, la numerosa humanidad se reúne a ver obras que durante hora y media logre distanciarla de la realidad y la sumerja en la ficción audiovisual. De todos esos fanáticos del cine, sin embargo, sólo una inmensa minoría ve y va más allá del mero epicureísmo. Para algunos —algunos como Miguel Báez Durán— el cine es divertimento, bocado placentero, hamaca del alma, en efecto, pero también liza donde se ponen en juego las habilidades creativas de guionistas, músicos, actores, maquillistas, camarógrafos y, sobre todo, de los capitanes que timonean un rodaje: los directores, los imprescindibles directores.

Oriundo de Monterrey pero ya lagunero por imperativos de aclimatación, Miguel Báez Durán (1975) emprende en *Vislumbre de cineastas* un periplo sobre las huellas que han dejado trece realizadores de ecuménica fama. Con este recorrido, el autor demuestra que para él ha sido el cine, además del espacio donde puede saborear palomitas y Coca-Cola, un laboratorio de su agudeza crítica. Para Miguel y su ma-

---

Sigo pensando lo mismo: el periodo de Miguel Báez Durán, digan lo que digan y porque lo evidencian las pruebas hemerográficas, fue el mejor de la crítica cinematográfica en La Laguna, el único que no incurrió en la charlatanería. Por eso este prólogo tan entusiasta. También lo publiqué en el *Mensajero* del Archivo Histórico de la UIA Torreón.

liciosa mirada, los filmes no han servido nada más como pábulo del ocio —lo cual, por otra parte, no hubiera resultado ilegítimo—, sino como frecuente complemento a sus quehaceres de narrador y cirujano literario. Precocidad mediante, en la columna “El bueno, el malo y el feo”<sup>1</sup> comenzó a trabar sus primeros ejercicios como detective cinematográfico y pronto, demasiado pronto, su habilidad cuajó en acercamientos que no dejan duda de su pericia como examinador de piezas filmicas. Para demostrarlo aquí tenemos estos trece ensayos biofilmográficos, radiografías de otros tantos directores que le han dado a Miguel Báez muchas horas de regocijo y reflexión, ahora compartidos.

Los ensayos no pecan de excesos eruditos ni de, mucho menos, liris-mo facilista. Los caracteriza el equilibrio entre la minuciosa busca de referencias —labor de investigadores bien nacidos— y la pasión al ponderar el talento de doce hombres y una mujer que han asumido la realización filmica como medio de expresión totalizante. De cada uno, Miguel señala, si los hay, ascensos y caídas, triunfos y desastres, como ocurre con el David Lynch que después del multimillonario tropiezo de *Dunas* se elevó a la económica grandeza de *Terciopelo azul*. Sinceridad, buen juicio, vigorosa información y prosa ágil son los ingredientes contenidos en las piezas que configuran *Vislumbre de cineastas*.

Báez Durán logró troquelar un volumen que se sustenta en grandes méritos. Para empezar, es el primer libro que sobre el tema se escribe por estos calurosos rumbos —donde por cierto no escasean los villame-lones de la crítica filmica— y como comienzo no podría ser mejor: con tenacidad de numismata, con esmero filatélico, este autor ha cazado en La Laguna —un desierto de buen cine— las pocas golondrinas que por acá vienen a hacer verano. Además, sin cinetecas, sin cineclubes, sin reseña periodística, casi a pan y agua ha logrado detectar las fugaces presencias de Hitchcock, Bergman, Buñuel y diez directores más que acaso en otras ciudades circulan como moneda corriente, pero que

en la comarca del Nazas apenas si han asomado la cabeza y han huído al ver que Hollywood es aquí la dueña del negocio.

Sin pretenderlo, pues, Miguel Báez da una lección de inconformismo a quienes con ingenuidad o resignación abrazan, o abrazamos, los productos dominantes del mercado cinematográfico. *Vislumbre de cineastas* no es nada más, en suma, una puerta para acceder a trece directores de cinco estrellas, sino la evidencia de que el cine —como la literatura y la música y el teatro y el arte en general— encuentra cajas de resonancia cuando su calidad es capaz de abrirse cancha entre la selvática basura.

*Comarca Lagunera, 8, julio y 2001*

NOTA

<sup>1</sup> La columna era quincenal y aparecía en el suplemento cultural *la tolvana* de la revista *brecha* de Torreón, Coahuila, México. Miguel Báez la mantuvo bien alimentada de reseñas durante casi dos años, del 96 al 98.

## Onda jertziana 131

¿Iconoclasia? ¿Anarquía? ¿Terrorismo jertziano? ¿Falta de escrúpulos? ¿Vanguardismo? ¿Vejestoriedad? ¿Con cuál etiqueta puede calificarse el trabajo del Canal 2 Torreón? Hace unas quincenas lo decíamos: el 2 es una emisora cuya esmirriada complexión ha desembocado en una labor rupturista, involuntariamente rebelde, ajena por completo al respeto de las formas que almidonan sobremanera a los espacios televisivos. Observemos, primero, lo que sucede en otros canales para que se advierta el contraste. Allá, en cualquier canal, la iluminación es casi perfecta y se da el lujo de jugar con las luces, el sonido está controlado de tal forma que nunca fallan los micrófonos ni la entrada de música al momento requerido, las cámaras trabajan de acuerdo a un estricto control de los encuadres y la fidelidad de la imagen denota equipos modernísimos; asimismo, se da un control severo de maquillajes y vestuarios, guiones y libretos, entradas y salidas, lo que redundo, sumado, en un quehacer televisivo entumecido, tieso. En la televisión de hoy, digamos, nada se improvisa, nada se zafa de un orden prefijado pues el “valioso tiempo aire” no debe desperdiciarse por los errores que ocasiona la falta de previsión. Hace años, cuando la televisión era todavía casi un experimento que corría a diario el albur de los aciertos y las pifias y su hechura tenía mucho de romántica, la espontaneidad le agregaba a los programas un aderezo ahora casi perdido y cuyos vestigios se conservan tenuemente en ciertos programas realizados en vivo. Pero no es lo mismo, nunca será lo mismo, pues como ya señalamos la época de la televisión pionera e improvisada ha muerto gracias al or-

---

La Onda jertziana, columna de *la tolvenera*, fue un espacio inmejorable para hacer crítica de medios electrónicos. Llegó a tener cuatro o cinco lectores, es cierto, pero adictos.

den que le vino a inyectar el avance tecnológico. Sobrevive, sin embargo, nuestro querido Canal 2. Allí se hace una televisión como en los viejos tiempos, con la imaginación y con la uñas. En este fin del milenio, sabemos, la modernidad presupone pérdida de valores y fin de las utopías redentoristas, lo que ha ocasionado una querencia inusitada por lo viejo (véase si no en la moda, en los boleros de Luis Miguel y en el éxito de los muebles rústicos y las esculturas patinadas). En la tv lagunera, lo añejo está representado por el 2, y no está de más recomendar una revaloración de su heroica labor. Independientemente de sus yerros (que se cuentan por miles) la emisora no ha sucumbido gracias a la tenacidad de sus integrantes. En esta empresa no se respeta nada de lo que en otras se tiene por sagrado, lo que le da un toque anárquico-poético a cada uno de sus programas. Basta ver sus “Teleposadas” para darse cuenta de que allí se hace tele a punta temeridad. Trabajar en Televisa es fácil, pues ahí todo está resuelto y hay exceso de recursos materiales y humanos. Lo difícil es hacerlo en el Canal 2, donde por ejemplo Víctor Manuel Rodríguez conduce una “teleposada” en precarísimas condiciones y con una vestimenta que desafía a todas las leyes de la tv ortodoxa, ya que aparece sin prejuicios con una guari-puca norteña que le da un empaque surrealista a su presencia en la pantalla; o *Bizcoshow*, quien narra chistes chistosos porque no tienen chiste con el acompañamiento de un organillo melódico no menos alucinante. Cuando Borges dijo simpatizar por el Partido Conservador fue cuestionado y respondió a sus críticos: “Los caballeros debemos apoyar las causas perdidas”. Nosotros somos caballeros, por eso apoyamos y queremos a la tv rupestre que se hace en XHIA Canal 2.

En uno de sus tantos ensayos esclarecedores, Alejo Carpentier consignaba la convivencia, en Latinoamérica, de múltiples capas cronológicas manifiestas en nuestro presente. En otras palabras, junto a la computadora podemos encontrar el amuleto salvaje, junto a la tienda de parabólicas podemos contratar a la parlanchina echadora de Tarot. Nada indica, pues, que la civilización hipertecnificada que hoy gozamos conlleve la abolición de prácticas mágicas y supercherías afines. Al contrario, la charlatanería suele servirse de la ciencia para darle a sus embustes el aire de verdad que requiere. Así, las sectas más mafufas usan el Internet para mantenerse informados de sus pachecas epifanías; los astrólogos –*psíquicos*, se autodenominan hoy– instalan líneas telefónicas para decir a los incautos la *netafísica* a tres dólares el minuto; los ufólogos –ese nombre escogieron los “investigadores” del fenómeno OVNI– apelan a la televisión para mantener boquibabeante a un ejército de espectadores que a la sazón pudieron ser suscriptores de la revista *Duda*. Entre estos últimos destaca, por su proverbial chabacanería, un sujeto que sale en la tele y se apellida Maussán, conductor de un programa llamado *Tercer Milenio*. Maussán, según los archivos de nuestra monstruoteca, fue durante buen rato encargado de *60 minutos* y de programas especiales en Televisa. Con dicho personaje, *60 minutos* perdió la poca seriedad que siempre tuvo y gradualmente pasó a convertirse en foro de reportajes sensacionalistas. Nada tardó Maussán en monopolizar, dentro de Televisa, el negociazo de los OVNIS, y en unos cuantos años produjo videos, dio conferencias y alcanzó la fama de perito en una materia que en México tuvo como precursor a Pedro

---

Ver nota anterior.

Ferriz Santacruz. Pues bien, *Tercer milenio* presenta “las investigaciones” de Maussán con los lujos característicos de la producción televisca. Éste es, más o menos, un cuadro típico de dicho programa: Maussán aparece en un estudio que parece cabina de platillo volador; no podía faltar, claro, una computadora portátil abierta, para que se vea que el conductor no se anda con pichicaterías y guarda toda su “valiosa información” en una *laptop*. Con corbata pero sin saco, quizá para parecer científico de la NASA, el ufólogo Maussán no deja de recitar un discurso marcado por la frase “no estamos solos en el universo”. Pelando sus ya de por sí grandes ojotes y con voz apocalíptica, el conductor de *Tercer milenio* siempre aterriza en la misma patraña: “investigaciones y testimonios de Perenganito Smith nos alertan: hay vida inteligente más allá de la Tierra”; “cada vez son más los testimonios de que seres extraterrestres nos observan”, y así, una cadena burda de dislates milenaristas y prescindibles. Mientras México se debate en sus rezagos, Maussán mira a las estrellas y hace negocio con la ignorancia colectiva. Tenía razón Carpentier: un charlatán de la investigación espacial —como Maussán— puede convivir con una *laptop* para decirnos, por milésima vez, que los marcianos llegaron ya.

## Umbral 112

El universo de la cultura popular crea fetiches de diversa catadura. Los hay auténticos, invariables en su honestidad y cercanía al entrañaje de las masas, de esos que nunca se separan de la línea que los hace entroncar en el espíritu de la colectividad sedienta de ídolos. En el cine, Jesús Martínez *Palillo*, pongamos por caso, fue un cómico congruente con su origen hasta el último suspiro de sus días; bien sabido es que el carpero satirizó a cientos de políticos en sus atrevidos *sketchs* y nunca condescendió al soborno de la fama. *Cantinflas*, excelente, insuperable en su primer ciclo, declinó tristemente hasta el absurdo moralista en su época Technicolor; empotrado en el nicho de la fama, el “mimo mexicano” apareció en sus últimas películas como caudillo del chantaje sentimental y lastimero. Quienes le lloraron tras su muerte seguramente lamentaban la pérdida del primer Mario Moreno, no del segundo. En la música, los idolazos Jose Alfredo Jiménez y Agustín Lara fueron encumbrados porque en sus respectivas trayectorias había una identificación cabal con las causas populares de la tristeza, de la valentonería, de la bancarrota amativa y de la simplicidad de raciocinio típicas de las sociedades cuya educación sentimental proviene del folletín decimonónico. En otro ámbito, deportistas como el *Chango Casanova*, el *Púas Olivares*, Horacio Casarín, Silverio Pérez y demás se construyeron una aureola de héroes a puñetazos, a goles, a muletazos y por la fuerza de un carisma casi telúrico. Lo mismo habría que decir del inocente *Santo*, personaje chafísima que logró encarnar al mártir cinematográfico del bien que sacrifica su existencia para derrotar a las

---

El umbral servía para hacer comentarios como éste. Creo que servían de algo, y tenían cierto público.

odiosas fuerzas de la maldad con pésimos efectos especiales. Olvidamos a muchos, claro, como a Lucha Reyes, a Tin Tan o a Ninón Sevilla. No incluimos a otros, como a Pedro Infante, a María Félix o a Jorge Negrete. En caso de Pedrito, es probable que su muerte trágica sirvió como combustible para la arrolladora máquina de la sensible-ría. Sus películas, plenas de simplicidad, dramatismo muchas veces barato y chocarrería desabrida, conmovieron (conmueven) a México más por insistencia en la televisión que por otra causa. Ahora, con la cercana muerte de Lola Beltrán, el negocio que los medios hicieron con la popular figura de la cantante desbordó los límites de la insinceridad que el mercado ostenta en situaciones aprovechables para la venta. Ni María Félix (entrevistada por Ricardo Rocha) pareció conmoverse demasiado con la fresca noticia de su amiga recién fallecida. Más la lloraron, para vender, los noticieros y otras emisiones quizá hipócritas en su lamentación. Una vez más, la partida de un personaje enraizado en el alma de la gente sirvió como excusa para el lucro. Son los peligros de la actual cultura popular: una muerte desencadena la voracidad de los medios de comunicación. Una muerte de polendas puede ser estu-pendo negocio. Una muerte se traduce en dinero gracias al chantaje que persigue menos el homenaje franco que el dinero, menos el aplauso póstumo que la mordida vil.

A los dos años, los niños de hoy ya saben que Walter Disney fue un genio, un mago de la creatividad, el amo y señor de los dibujos animados, de las *caricaturas*, como las llamamos en el código mexicano. Nadie se le puede comparar: ni Haana-Barbera, ni Walter Lanz, ni siquiera Matt Groening y su desmadroso y amarillo Bart. Disney es Disney, y no se parece a *naiden*. No por nada logró construir, mientras vivió, un gigante archimillonario llamado Dinseylandia que aún sigue creciendo, y no por nada es parte ya de la mitología que hace del *american dream* el anhelo de las mayorías en el mundo. Disney Inc. es tan poderosa que aquí no tendríamos espacio para particularizar la lista de sus negocios: películas, parques de diversiones, hoteles, *souvenirs*, espectáculos circenses, juegos de mesa, líneas de ropa y mucho más configuran el consorcio que encabeza Mickey Mouse. Sin embargo, gran parte de ese poder lo adquirió Disney un tanto mañosamente, agenciándose como si nada la creatividad ajena. Ciertas historias de los hermanos Grimm, de Andersen, de Perrault, de Shakespeare y hace poco de Víctor Hugo fueron adaptadas por Disney y ahora resulta que, para los niños, *La Bella Durmiente* o la *Caperucita Roja* no son obras de Charles Perrault, sino de Disney. Sobre este mismo tenor, el más reciente plagio perpetrado por la familia feliz fue el cometido con *Nuestra señora de París*, de Víctor Hugo. La nota de Anne Marie Mergier (*Proceso* 1065, 30/3/97) es diáfano testimonio de la grotescidad con la que Disney saquea a la literatura universal para producir dólares. Así como hicieron suyo el mundo de Aladino, ahora Quasimodo pasó a ser, sin crédito a Víctor Hugo, parte de la mercadotecnia disneyana. *Proceso* entrevistó a los

---

Ver nota anterior.

descendientes del gran romántico francés quienes, luego de un largísimo silencio, atreven una denuncia pública ante la venalidad de la empresa norteamericana que hurtó al jorobado de Notre Dame: “Lo que hemos visto en los cuatro últimos meses rebasa los límites de lo imaginable y lo soportable: la campaña publicitaria y comercial organizada por Walt Disney para promover en Francia su última película *El jorobado de Notre Dame*, y sobre todo por la venta de múltiples productos derivados —la prensa habla de 3,500— ligados a esa película alcanzó tales niveles de vulgaridad, de obscenidad mercantil, que decidimos dar a conocer públicamente nuestra reprobación. Como descendientes directos de Víctor Hugo no podemos seguir callados más tiempo ante lo que está ocurriendo. Moralmente no lo podíamos”. Queda ahí la denuncia de los Hugo, aunque de antemano se sabe que la prepotencia de Disney Inc. aprovechará el escándalo para dar más publicidad a sus jorobados negocios. Si todo sigue igual, ya podemos anticipar que para el año 2005 —cuarto centenario de *El Quijote*— los “creativos” de Disney plagiarán a Cervantes sin otorgarle ni siquiera un rengloncito en los créditos finales, así los niños del futuro sabrán que la imaginación de Walt Disney concibió a Aladino, a Quasimodo y al caballero de la triste figura.

## ¿Ciceritos a mí, y a estas horas?

Cito de memoria uno de los pasajes que más retengo del *Quijote*, aquél en el que nuestro flacucho y andante caballero, advertido del peligro que implica abrir una jaula hirviente de los leones, responde al llamado de atención: “¿Leoncitos a mí, y a estas horas?”. Esto me vino a la cabeza cuando leí en la prensa internacional que Cicero, pequeña ciudad cercana a Chicago, Illinois, es un pueblito famoso porque hacia 1923 allí estableció sus marranos *business* Alphonso Capone, el ilustre *Caracortada*. Desde entonces Cicero ha ganado, sin competencia y más bien con holgura, el primer lugar en el *ranking* de las ciudades más corruptas de Estados Unidos.

Las noticias sobre Cicero circulan por el planeta gracias a que su alcaldesa, la señora Betty Loren-Maltese, ha sido acusada de mantener apretados nexos con la mafia. Según el cable, la señora presidenta de por allá, cincuentona que por su aspecto obliga la recordación de la Liz Taylor ya entrada en cirugías, les bajó con transa y media, socorrida por los avezados gángsteres de Cicero, doce millones de dólares a los habitantes de la ciudad, agandalle que puso en alerta al fisco y al FBI.

El caso es que la señora Loren-Maltese puede vestir pronto el traje de cebra, y eso abre las puertas a una nueva elección en donde Joseph Moreno, perdedor en las elecciones del 2001, trate de capitalizar el 70 por ciento del voto hispano cicerense que el año pasado no le diera el triunfo frente a la hoy ex alcaldesa, dama célebre en el condado por usar los dineros del erario público junto a sus jefes Infelice Rocco —con

---

La que viene es una pequeña serie de artículos publicados en una columnita llamada Cajón de sastre y publicada un breve lapso en *La Opinión Milenio*.

este nombre cómo no dedicarse al oficio de don Corleone—, Michael Spano y otros socios, para comprar un campo de golf, construir una casa de lujo en un paraje ideal, adquirir una cuadra de caballos, regalar Cadillacs a los cuates o concederse jugosos préstamos sin intereses.

Varias preguntas saltan a la hoja. ¿Qué tiene la señora Betty Loren-Maltese que no tenga cualquier pinchurriente presidentillo municipal de México? ¿Acaso acá no se construyen, a precios ridículos por las tierras ejidales, campos de golf en tres patadas y sin tanta flatulencia? ¿No es cierto que aquí los negocios chuecos florecen a la sombra del poder que los nutre y los solapa? ¿No es también de todos conocido que en México el poder político/empresarial se otorga a sí mismo, también con turbiedad, ventajosamente, los proyectos para la construcción de obra pública? ¿A quién le extraña en estos tiempos el bienaventurado matrimonio entre la política y el narco? En México la señora Betty Loren-Maltese pudo hacer un doctorado *horroris causa* en trapacerías políticas, y mucho extraña que allá la tengan considerada una ladrona de subido calibre. Si a esa imitadora de Liz Taylor le hubiera tocado gobernar con los ardidés mexicanos de seguro hasta la hubieran invitado a rodar una película como al alcalde de Tultitlán de cuyo nombre no puedo acordarme.

Por eso, despachado el cable noticioso acerca de las corruptelas en Ciceró no me queda otra que preguntar, parafraseando al Manco, ¿Ciceritos a mí, y a estas horas?

## Doncella de la muerte



Recuerdo un documental de *People and arts*. En primer plano la cara de Charles Manson; el asesino luce desgrañado, barbón y en sus pequeños ojos no deja de brillar un segundo la lucecita del rencor. Pero lo más llamativo no son sus pelos ni sus ojos: es la swástica que lleva tatuada en el centro de la frente. Con eso lo dice todo. Frente a las cámaras declara, habla, argumenta, todo con una convicción que ya desearía cualquier patriota. En una de esas suelta la frase más terrible que he oído decir a alguien: "Si no me hubieran detenido lo más seguro es que hubiera seguido asesinando hasta acabar con toda la humanidad". Acabar con toda la humanidad; ni Hitler soñó eso.

¿Qué puede ocurrir para que alguien llegue a esos extremos? Por supuesto el hiperbólico sueño de Manson es incumplible, pero no deja de ser llamativo que se reproduzcan tantos criminales de esta categoría en los países de la oportunidad. Será por eso: la oportunidad de que muchos sean ricos a extremos impensados tiene su cara opuesta: muchos son pobres tal vez no escandalosamente, pero en un país con aquellos grados de riqueza el resentimiento de los que tienen menos se agiganta y, en ocasiones, deviene locura sin limitaciones.

En estos días tres megalómanos se han puesto de moda. Dos son callejeros, cotidianos; el otro está encaramado en el poder y quiere acabar con un lejano gobierno al que, sin morderse la lengua, acusa de criminal. Los dos primeros son La Doncella de la muerte, Aileen Wuornos, y el anónimo *serial killer* de Whashington. El francotirador de la capital norteamericana (el que mata estudiantes, no el que quiere liquidar iraquíes) ya comenzó a manifestarse con cinismo y sigue la vieja ley de los asesinos en serie: el enfermo quiere que nos enteremos de sus triunfos. Para eso dejó ya un mensaje: "Querido

policía: soy Dios". No se puede llegar más lejos en materia de megalomanía.

Aileen Wuornos, la Doncella de la muerte, estaba a punto de recibir la inyección letal en la prisión de Starke, en estado de Florida. Ella despachó al más allá a siete hombres que solicitaron los servicios sexuales de Wuornos. Además de darles un rato de placer, la Doncella de la muerte les recetaba unos cuantos balazos y les desvalijaba sus billeteras. Según los cables, "la arrestaron en un bar llamado El Último Refugio en Daytona Beach, al norte de Miami, el 9 de enero de 1991". La información que se obtuvo después fue escalofriante: "Wuornos nunca había tenido un refugio. Su madre la abandonó recién nacida y su padre se suicidó en la cárcel mientras cumplía condena por abusar sexualmente de menores. Desde niña vivió a salto de mata, prostituyéndose en las calles, drogándose y emborrachándose. A los 14 años tuvo una hija que entregó a la inclusa (casa donde se recogen y crían a los niños expósitos)".

Luego de leer esta pequeña ficha biográfica se puede medio entender a la Doncella de la muerte. En el país de las oportunidades también hay vidas faulknerianas. Vidas que pueden alcanzar una dimensión humana difícilmente localizable en la mejor literatura. "Me corre tanto odio por las venas que si me dejan viva, aunque sea cumpliendo cadena perpetua, mataré otra vez", declaró Wuornos al juez, pidiéndole que 'no malgastara el dinero de los contribuyentes'. Luego despidió a sus abogados y retiró todas las apelaciones de su condena".

Si otros pudieran decir esto en similar trance. Pero el poder es extraño. En la presidencia de un país puede haber mucho menos claridad que en una prostituta.

## Don Roger



Rogelio Villarreal Huerta, editor lagunero, murió el 19 de julio de 2002 a la edad de sesenta y tantos años. La última vez que lo vi fue en la biblioteca pública José García Letona, de la Alameda Zaragoza, en Torreón. Junto con Saúl Rosales, presenté en ese sitio el libro *Los otros males*, del joven poeta Daniel Maldonado; allí, delante de todo el público, aproveché el micrófono para felicitar, agradecer y elogiar la enorme —tan enorme como silenciosa— labor editorial de don Rogelio. Dije, lo recuerdo con nitidez pues el acto se celebró en abril pasado, que si alguien entre nosotros ha dado a luz libros con abnegación y prodigalidad, ése era, precisamente, don Rogelio Villarreal. Encomié su modestia, su sacrificio a veces suicida con tal de ver volúmenes impresos, su generosidad a prueba de balas. Le debía esas palabras. Yo quería que las oyera frente a frente, de amigo a amigo, delante de quien estuviera cerca. Se las dije, pues, y hoy que ha muerto las reitero en tinta porque don Roger las mereció sin recibirlas, creo, como se debe.

Digo como se debe porque en muchas ocasiones quienes merecen el homenaje comunitario nunca lo reciben en vida. ¿Por qué cometimos la estupidez colectiva de no dedicarle un reconocimiento al torreonense Villarreal Huerta? ¿Por qué no le dimos un agradecimiento público a un hombre que, con los defectos —tan humanos, por cierto— que pudo haber tenido, dedicó buena parte de su vida a una labor editorial disciplinada y justa? ¿Por qué los aplausos tienen que ser póstumos? Yo sabía que don Roger estaba enfermo, ya muy enfermo, y que todavía así, con osadía, viajaba frecuentemente al DF, en camión, para sacar

---

Éste, además de haber sido publicado en *La Opinión Milenio*, salió en *El Ángel*, suplemento cultural del periódico *Reforma*, en la ciudad de México.

adelante su negocio editorial, ya que allá tenía sus prensas. Por eso el día que lo tuve cerca y con público a merced le dediqué un puñado de palabras. Un modesto elogio, quizá, pero lo expuse porque me parecía y me sigue pareciendo injusto que otros tantos reciban placas y apapachos, pero los que se dedican de una u otra forma a las letras, por alguna mezquina razón que desconozco, sólo reciben el puyazo diario de la indiferencia y a veces también el de la burla.

Don Roger no sólo publicó a laguneros. Durante su larga etapa de editor en la capital de la república se codeó con los mejores escritores mexicanos, y a muchísimos les imprimió sus obras. Era un hombre alegre y desprendido, irreverente, desacralizador de todo, enemigo de las hipocresías, anecdótico y vital. Se rió de la moral estándar cuanto pudo, y no me cabe duda de que disfrutó de su existencia hasta el último segundo. Durante quince años estuve tentado a ponerle de modo la grabadora, para recuperar su archivo memorístico. Nunca lo hice, y ahora debo resignarme a las ocho o diez peripecias que él me contó o que de él me han llegado. Así lo recuerdo, con sus ojillos pícaros detrás de los verdosos lentes, con el Delicados a la mano y siempre, infaliblemente, como una ley que supera a la de la gravedad, con la sonrisa clara del buen amigo.

Mi insistente abrazo de palabras, don Roger, y mi cariño a su memoria.

## Cinco anécdotas cinco



Rogelio Villarreal solía invitar amigos a departir con él en su minúsculo departamento de Torreón. Era disparador, generoso. Durante un tiempo “les pichó las caguamas” (así decía él) a dos jóvenes poetas con quienes conversaba, bebía y fumaba durante largas horas. En alguna ocasión se enfrascó en una polémica con uno de los jóvenes poetas. La molestia del muchacho fue tanta que con un cuchillo arremetió contra don Roger y logró propinarle un puyazo en la indefensa espalda. Chorreó sangre, llamaron a la Cruz Roja, y en ningún momento el viejo denunció al agresor. Pasadas las semanas, don Roger me narró los pormenores del altercado. Pudo recurrir a las instancias judiciales, pero su aprecio por el joven escritor era mucho y no quiso afectarlo. Sólo le guardó un tenue resentimiento enunciado con un retruécano para mí imborrable:

—Yo sabía que era un poeta maldito, no un maldito poeta.

\*\*\*

Hay una estrofitita del dominio público entre los laguneros. La oí por primera vez en mi adolescencia, o tal vez antes. La memoricé, y durante años he sentido que ella condensa, humorística y cruelmente, nuestra norteña barbarie. En 1997 negocié con don Roger la impresión de un libro. Lo visité varias veces a su departamento, y en una de nuestras conversaciones surgió el tema. Me dijo que cuando era estudiante a él se le ocurrió escribir esos terribles versos. Desde el principio corrieron con suerte entre todos sus compañeros, y hasta la fecha sobreviven como santo y seña de nuestra lagunericidad. Sea o no de don Roger, esa estrofa admite una breve disección literaria: la primera línea dibuja con maestría la mayor peculiaridad de nuestro entorno geográfico; la segunda —obra maestra de la brutalidad escatológica— sigue siendo realidad visible y olfateable en la Comarca Lagunera; el verso tercero

---

Publicado en la revista *Generación*, del DF, en 2002.

pinta de una sola pincelada a todos los nuevos irritilas; el cierre incorpora, sin ánimo poeticista, la más notable característica de nuestro clima. En cuatro versos, pues, se perfila el contorno físico y espiritual de nuestra chula tierra. Va la estrofa íntegra y sin censura:

Cerros chatos y pelones  
tajos llenos de cagada  
una bola de cabrones  
y un calor de la chingada.

\*\*\*

En una ocasión me encontré a don Roger en la presentación de un libro. Llegó agitado y con una burla escondida tras el gesto. Le pregunté qué le ocurría, y me platicó que acababa de tener un extraño encuentro. Caminaba por la calle cuando se le acercó una viejecilla con una canasta.

—Ándele, señor, cómpreme un dulce —le dijo la mujer.

—No puedo, soy diabético —respondió don Roger.

—Entonces deme una ayudita por el amor de dios.

Don Roger no traía monedas, pero sí una espléndida respuesta:

—Tampoco puedo. Soy musulmán.

—¿Y eso qué es?

—Tengo otro dios, no el suyo.

—Por eso les caen esas enfermedades. Por no creer en dios nuestro señor se los llevará a todos la chingada. ¡Cómo se les ocurre creer en otro! ¡Sólo hay uno! ¡Sólo hay uno!

\*\*\*

Rogelio hacía libros para sobrevivir. En una ocasión le imprimió una edición de autor a un pobre hombre que en La Laguna se dedica todavía a escribir montañas de basura, seudopoesía y seudohistoria. Yo quería saber qué opinaba de esos lamentables autores a los que por necesidad les imprimía sus bodrios. Don Roger me enseñó el mamotreto del escritorzuelo aquel. Había allí una hoja plegable con un intrincado árbol genealógico elaborado a mano, además de cientos de fotos y

párrafos inservibles. Rogelio entonces editorializó, meneando la cabeza tocada por su panamá de Mike Brito y echando el humo de su *Delicados*.

—Un esfuerzo digno de mejores causas, sí, un esfuerzo digno de mejores causas.

\*\*\*

Algunas conversaciones de don Roger hubieran intimidado al marqués de Sade, quien a su lado quedaría rebajado a la categoría de tío Gamboín. En una reunión, mientras todos mencionaban encuentros y conquistas amorosos, Rogelio tomó la palabra para narrar una escena de zoofilia. Contó que en su juventud fue a un rancho y allí vio a un jornalero echarse a una cabra. Todos nos quedamos boquiabiertos hasta que alguien, al fin, pudo preguntar:

—¿Y qué ocurrió después, don Rogelio?

—Nada, sólo que el ranchero no pudo terminar porque se puso celoso el cabrón, en este caso sin metáfora.

## Cervantes in espanglish, ese

De lo que estoy seguro es de que tendrá éxito. Me refiero a la primera edición del *Quijote* en *espanglish*, ese dialecto nacido tras el ayuntamiento selvático del español con el inglés, y usado sobre todo en la frontera de México y Estados Unidos y en algunos puntos más, como Nueva York, Chicago, Florida and Puerto Rico. El proyecto de traducción lo ha emprendido el doctor Ilan Stavans, intelectual de origen mexicano y catedrático de Filología y Estudios Culturales en el Amherst College de Massachussets, donde abrió el primer curso de *espanglish*, una lengua/idioma/dialecto/o como se llame que usan para darse a entender 35 millones de personas, cantidad superior a la población de muchos países europeos.

El doctor Stavans ha preparado antes un diccionario de ese código centauro y ha reunido en él más de seis mil acepciones, lo cual nadie le ha discutido. Sin embargo, el deseo de que Cervantes se exprese en *espanglish*, además de ser original, será, ya lo es, polémico. Los académicos de la Real le echarán en cara, seguramente, la herejía de macular la pureza del castellano precisamente con el traslado de su libro totémico, y no faltarán opositores a ese experimento.

A mi juicio no tiene nada de malo intentar aquella empresa. El *espanglish* es el embrión de una lengua, y tiene derecho a existir, por mucho que hispano y angloparlantes lo juzguemos contaminante. Además, es inevitable, y por tanto sería necio pretender que la chicaniza deje de expresarse con ese código mellizo. ¿Acaso no han nacido así muchos idiomas hoy ecuménicamente apreciados?

Lo único que cuestiono es el nombre del nuevo catálogo verbal. Al parecer el doctor Stavans —y muchos más— lo llama *spanglish*, palabra donde las dos partes del centauro son anglicismos (*span* y *glish*).

Como se trata de un código mixto, es de justicia que lo denominemos en español y en inglés: *espa* y *nglish*, eso para impedir que el nuevo instrumento conlleve desde su nombre molestas inequidades.

Cierro con el inicio del *Quijote* en *espanglish*, a ver qué les parece el fruto del doctor Stavans: “In un placete de La Mancha of which nombre no quiero remembrearme, vivía, not so long ago, uno de esos gentlemen who always tienen una lanza in the rack, una buckler antigua, a skinny caballo y un grayhound para el chase. A cazuela with más beef than mutón, carne choppeada para la dinner, un omelet pa los sábados, lentil pa los viernes, y algún pigeon como delicacy especial pa los domingos, consumían tres cuarers de su income. (...) El gentleman andaba por allí por los fifty. Era de complexión robusta pero un poco fresco en los bones y una cara leaneada y gaunteada. La gente sabía that él era un early riser y que gustaba mucho huntear. La gente say que su apellido was Quijada or Quesada but acordando with las muchas conjeturas se entiende que era really Quejada. But all this no tiene mucha importancia pa nuestro cuento, providiendo que al contarlo no nos separemos pa nada de la verdá”.

## La generación *igualy*

Además del caló y del argot, existen otros modos suburbiales de expresión verbal. En el primero —el caló— se incluyen aquellas voces propias de un grupo, de un barrio, de una comunidad que a veces puede ser una nación. “Chido”, “cantón”, “varo”, “guachar”, “cuico”, “chafa” son vocablos que casi en todo México podemos traducir, respectivamente, como “bonito”, “casa”, “peso”, “mirar”, “policía”, “de mala calidad”. Con respecto del argot el uso está más restringido, pues nos referimos en este caso al habla propia de un gremio; así, los abogados saben muy bien qué es una “chicanada”, los carpinteros se entienden cuando afirman que una tabla debe quedar “a paño”, los soldadores saben qué quiere decir “tirar unos cacahuates” y los músicos no se confunden cuando se trata de “aventarse una hueseada”.

En una zona indefinible del habla coloquial se encuentran las que me atreveré a llamar “expresiones rémora”. Se trata en este caso de frases, palabras, locuciones adverbiales y demás que se van transformando en clichés de uso pasajero. A veces duran varios años adheridos a la lengua de los usuarios y a mi juicio esconden, tras su aparente elegancia, una lamentable carencia de armas retóricas.

Cito tres casos. La locución adverbial “de hecho” es hoy empleada indiscriminada y burdamente por los jóvenes. Hace tiempo conversé con un muchacho que en tres minutos encajó cinco “de hechos” en sus tambaleantes oraciones. Aquello se oyó más o menos así:

—¿Cómo te ha ido? —le pregunté.

—De hecho bien.

—¿Vas a comer en este restaurant?

—De hecho. ¿Y usted, profe?

La televisión puso de moda entre los mexicanos la frase “para nada”.

En vez de negar con un sencillo “no”, los elegantes fallidos siempre dicen “para nada”, como aquí:

—¿Tienes 25 años, verdad?

—Para nada, tengo 23.

Pero la más espantosa expresión rémora que conozco —en los años recientes se ha puesto de moda en todas partes— es “igualy” (léase así, pegada, y si es posible métasele prosodia de niña fresa). Haga el lector el experimento y cuente cuántas veces, durante diez minutos, dice “igual y” un elegante fallido. Aseguro que, por lo menos, cinco.

—Te va a dejar el camión.

—No, igual y sí lo alcanzo.

—Se me hace que no, son ya las nueve.

—No importa, igual y me voy en taxi.

Lástima que falte espacio para seguir con este monstruoso diálogo. Pero igual y lo retomo en otra ocasión.

## **Al maestro con cariño**



Todos los que alguna vez hemos sido carne de salón guardamos en el portafolios alguna anécdota brutal que relatar. Más en México, país que no se distingue precisamente por dedicar a la figura del maestro un aprecio digno de monumento. Al contrario, los pobresores de toda la nación saben, sabemos, que dar la espalda durante un segundo al grupo equivale a ser cruelmente tasajeados con apodos, gestos y señas hirientes. En mis épocas de prepa vi incluso el caso de un alumno/kamikaze que retó a un maestro para batirse a puñetazos afuerita del aula, todo eso, por supuesto, adornado con mentadas de madre y demás injurias.

Pero al parecer esa costumbre no es privativa de México. En países hipercivilizados también se cocinan buenas habas. Leo que en Francia, ese dechado de la modernidad y la cultura, ese arquetipo del orden social, entrará en vigor este semestre una ley que castigará severamente a los estudiantes que insulten o denigren a sus maestros. La ley contempla que a partir de los trece años cualquier espinilludo o espini-lluda —para decirlo al insufrible estilo presidencial— será castigado o castigada hasta con seis meses de cárcel si le espeta un “hijo de puta” a su malquerido profesor.

El fenómeno es viejo aquí y en Francia, por lo que se ve, y ha crecido en los años recientes. Cada vez son más los maestros que tras infligir una mala nota reciben a cambio coloridos denuestos. Por eso la ley sancionará implacablemente, en la tierra de Voltaire y Montesquieu, a los alumnos que se pasen de lanzas y quieran desquitar algún coraje contra los funcionarios de la educación.

La que no queda clara es la medida de los improprios y su cuota de castigo, es decir, el grado de penalización que puede recibir un mocoso

si profiere contra su preceptor tal o cual vituperio. La pena máxima es de seis meses a la sombra, y suponemos que se aplicará a quienes señalen al maestro como “hijo de puta”, pero ¿de qué tamaño será el castigo si la ofensa es menor? Decir “incompetente”, “impreparado”, “déspota” lógicamente no ameritará medio año de aislamiento tras los muros del penal, pero sí, tal vez, una visita relámpago a la jaula.

Por otro lado, si esa ley se aplicara en México supongo que faltarían cárceles para dar albergue temporal a tanto joven impulsivo. Tendríamos que establecer muy bien, para evitar toda discrecionalidad en la aplicación de las sanciones, qué peso tiene cada grosería. Por ejemplo, una mentada valdría medio año en la bartolina; un “pendejo” le daría al alumno tres meses de vacaciones en el Cereso; un “tonto” da apenas para quince días y un “bobo” puede ser tranquilamente perdonado o a lo mucho ameritar un coscorrón en la mollera.

¿Y qué castigo le asignaríamos al alumno que retó a golpes al maestro y de paso le recordó a toda su rechingadísima madre? Si estuviéramos en Texas, de seguro la inyección letal, pero como estamos en México propongo que a ese alumno se le encamine a su verdadera vocación: guarura.

## **Matabellas affaire**



El caso de Myriam Yukie Gaona, mejor conocida en el mundo del hampa liposuccional como “La Matabellas”, no deja de asombrar a quienes pensamos que la belleza del estándar occidental no se adquiere en la carnicería. Es cierto que uno de los más grandes anhelos del hombre y de la mujer de hoy es parecerse a Richard Gere y a Claudia Schiffer, pero no es menos cierto que para lograrlo primero se debe tener una (digamos) mínima predisposición natural y, en segundo lugar, una cuenta bancaria que permita invertir bastante plata en el asunto. Ser Ken o ser Barbie no es fácil, pues. Mucho menos para los mexicanos, quienes no somos famosos en el *show bussines* internacional por ajustarnos, aunque lo queramos, al modelo estético apreciado por Karl Lagerfeld.

Luego entonces se puede inferir que con quinientos pesos en la bolsa no es fácil llegar a la portada de *Cosmopolitan*. Con tan poco dinero lo único que alcanza es un charlatán de la belleza, un charlatán como la inefable Myriam Yukie Gaona, híbrido personaje que por unos cuantos pesos era capaz de meter aguja y cuchillo a la aspirante de Miss Universo que se le pusiera en frente. Por unas cuantas monedas, “La Matabellas” hizo lo que pudo —desde su absoluta ignorancia y carencia de escrúpulos— por abultar y contornear las nalgas de sus pacientes pacientes (esto no es una errata); hizo lo que pudo por inflarles los senos para que se parecieran a los de Britney Spears; hizo lo que pudo por lograr que sus clientas/víctimas soñaran con tener las piernas de Nahomi Campbell. Pero no lo logró, dado que con quinientos morlacos por consulta apenas alcanza para inyectar aceite industrial y tirar un choro motivador (“pronto serás hermosa, no lo dudes”). La consecuencia de esa atención médica de película de Santo es el desastre: las mujeres

que se dejaron “embellecer” —qué comillas tan irónicas en este caso— por las pezuñas de Myriam Yukie Gaona ahora tienen la autoestima en los calcetines, y algunas hasta han tenido que cercenar secciones íntimas de sus anatomías.

El “Matatabellas *affaire*” nos deja una inmensa lección: el mundo está sobrepoblado de gandallas, de transas, de patanes, nadie lo duda, pero está más retacado aún de ingenuos, de supersticiosos, de estultos que van a encontrar la felicidad con un echador de cartas, con un quiromántico o al cuarto para las doce quieren dar el gatazo de modelos y para lograrlo se exponen a una tal Myriam especialista en deformar el cuerpo y la vida de sus atendidas.

Es una muestra de candidez pensar que con quinientos pesos se levantarán los pechos y volverán a ser —o serán por primera vez— apetecibles. Lorena Herrera, tan famosa y tan deseada, es el mejor ejemplo de que la inversión en metálico debe ser grande, muy grande, pues tan macizas bolas nunca serán gratis ni surgen en el pecho por comer cereal, mucho menos con inyecciones de aceite para bebés, como lo hacía “La Matabellas”.

## Onán a ritmo de samba



La noticia que por estos días inquieta a Brasil no deja de ser una maravilla del ingenio humano. ¿A quién se le ocurre calmar, con revistas pornográficas, las efervescencias hormonales de las superestrellas del futbol? Pues a la Federación Brasileña, que ante el empuje y las ganas (no precisamente deportivos) de los jugadores tuvo que echar mano de cierto material icónico para aplacar los naturales ímpetus de tantos cracks convertidos en forzados benedictinos debido al mundial Corea-Japón. De esa manera, con tanto estímulo visual —pensaron los federativos—, Rivaldo y compañía encontrarán un mínimo autodesahogo entre partido y partido. Como dice el rancharo: a falta de pan, tortillas (hechas a mano).

Las concentraciones, se sabe, son una excrescencia diabólica del juego más popular del planeta. Por semanas y en ocasiones por meses, los millonarios que viven de la patada son encerrados en su monasterio de playeras y balones para depurar, casi filosóficamente, el ataque y la defensa que usarán cuando salten al terreno de las contiendas. Allí, en esa reclusión, la vida les da casi todo: la mejor comida, las mejores habitaciones, las mejores camas, los mejores campos de práctica, las mejores piscinas, los juegos de video más modernos. Parecería que en dicha cárcel no falta nada. Aunque sí, falta el sexo. Encerrados en “la concentración”, los jugadores, hombres permanentemente asediados por la carne femenina, son víctimas de un ayuno que exige, éste sí, para soportarlo, una tremenda concentración mental y testicular, una ascesis digna de cartujo. Treinta, cuarenta días sin desenfundar el revólver pueden volver loco a cualquier futbolista. Eso lo saben muy bien los federativos del Brasil, y por eso la ocurrencia, que parece broma, pero no, de suministrar a los jugadores el mejor

estimulante para rendirle culto a Onán: las revistas que se leen con una sola mano.

La ola de moralina desatada a propósito, seamos misericordiosos, no tiene razón de ser. Los brasileños y Luiz Felipe Scolari, su entrenador, quieren una copa del mundo más en sus vitrinas. No será fácil, pero sin duda las presiones se amortiguarán si permiten que los muchachos de la verde-amarilla entren al baño y se regalen unas migajas de felicidad entre tanto mal humor.

## Croquetas para tiburón

---

Si me permiten pedir, solicito desde este casi anónimo foro que los defensores de la Norma 029 sean convertidos en croquetas para tiburón y con ello compensemos un poco al más imponente inquilino de los mares. No me mueve ninguna militancia ecologista, no pertenezco a Greenpeace y ni siquiera he podido ver tres documentales enteros del capitán Jacques-Yves Costeau; más: al mar apenas lo conozco desde sus turísticas orillas y siempre muy pasajera y superficialmente, pero eso no me impide anhelar la supervivencia de sus especies, de sus inauditas especies. Así como abomino de los criminales que por deporte o por simple ocio despachan animales con trampas o con rifles, me parece que también merecen aborrecimiento quienes por medio de leyes autorizan la depredación de la naturaleza. Los detractores de ballenas, de elefantes, de papagayos, de rinocerontes y ahora de tiburones merecen ser formados y puestos de nalguitas para darles una buena tanda de patadas. ¿Les parecerá digno, justo o divertido atropellar especies ya casi extintas? ¿Es lindo para ellos disparar como lo hacen los autodisculpados amantes de la cacería? ¿Hay razones suficientemente válidas para matar con tanta ventaja y sobre todo con la del raciocinio? ¿Los disculpa argumentar que se trata sólo de animales?

Dan risa, dan coraje. Donde estén y del pelaje que sean y con los intereses que tengan —japoneses, noruegos, kenianos, brasileños, norteamericanos—, los exterminadores de especies amenazadas deberían darse una asomadita, si es que saben leer, a *Un viejo que leía novelas de amor*, espléndida historia del chileno Luis Sepúlveda. Allí, con gran literatura e implacable sarcasmo, podrán ver la estulticia de quienes han dado cuenta de las más bellas criaturas que pueblan las selvas sudamericanas. En esas páginas no hay tiburones, no hay mar,


pero sí aborígenes que conocen desde su “incivilidad” el delicado equilibrio requerido por la naturaleza para sobrevivir. Al final uno se pregunta para qué nos ha servido el progreso y por qué los gobiernos, como ahora el de Fox, han sido tan negligentes en el cuidado de este patrimonio.

No sirve de nada, pero hace varios años escribí un bestiario todavía inédito. Son cuarenta poemitas sin mayor ambición, homenaje a los animales que me asombran; uno de ellos, el tiburón, mereció éste:

Sólo el insulto  
cabe en las siete letras de su caribe nombre  
cabe el terror también y siempre  
en sus mandíbulas serradas  
en su perenne movimiento  
en su olfato de sangre  
Cabén sólo insultos y miedo  
al depredador de los intrusos  
al defensor de su agua  
al vigilante de su inagotable casa  
al hambriento y justo habitante del océano  
al ecuánime y violento tiburón  
de hermoso nombre

Sigo pensando lo mismo: el tiburón es el águila de las aguas, el león de los océanos. Matarlo me parece imbécil. Prefiero que sus enemigos se conviertan en croquetas.

## Enanos en el pop



La cultura de masas todo lo penetra. Ya ni siquiera se escapan los espacios supuestamente inmunes a la frivolidad. Dentro de poco hasta las universidades más serias nos convidarán a tomar cursos de cocina con Chepina Peralta, así como el palacio de Bellas Artes ha cedido su escenario a ese gran artista llamado Juan Gabriel. Nada está, pues, al margen de la peste massmediática y la niñez, la indefensa y numerosa niñez, es la víctima principal de ese fenómeno. Regalo un ejemplo.

Hace unos días asistí al festival de fin de cursos en el que mi hija mayor, de seis años cumplidos, se graduó de kínder. Padres y madres esperamos con ansia el desempeño de nuestros hijos y no cabía una gota más de orgullo en el auditorio dispuesto para el caso. Yo me temía, como ocurre siempre en estas presentaciones, la rutina de un espectáculo en donde se notara la mano de una educación inscrita en los parámetros de lo académicamente aceptable, no el show de Disney que al final fui obligado a disfrutar en compañía de mis homólogos padres de familia.

Los niños, en vistosos y bien ataviados bailes colectivos, interpretaron, en este orden, todo con el sello de Disney, a Aladino, a Mulán y a Lilo y Stitch, además de otra coreografía donde los enanos bailaron con las notas de la onda vaselina, como cachunes-cachunes de mezclilla, pelo engominado y lente oscuro. ¿No es eso, acaso, lo que ven y oyen todos los días en la tele, en el cine, en la radio, en los periódicos, en las revistas, en las piñatas, en el McDonalds, en las tiendas, aquí y allá, por doquier? Esta parece una pregunta amargosa, un ladrido de perro solitario. Tal vez lo sea. En el fondo surge por la necesidad de defender a mi pequeña de esa cultura ubicua, chafa y estándar que inevitable-

mente ella disfruta en la televisión, en efecto, pero que deseo no deba fumarse también en la escuela oficial.

Lo platicué con mi esposa. Si la obligación es presentar bailables populares, y si en las escuelas ya se hartaron de montar el son de la negra y la bamba veracruzana, no hay problema, los niños pueden hacer un recorrido musical por el foxtrot, por el tango, por el swing, por el chachachá, en fin, por aquellos ritmos populares pero ya impregnados al menos con un cierto aroma clasicista, no la representación de una actividad tomada, sin ninguna criba, de la actual y omnipresente y boba cultura de masas disneyana.

En el peor de los casos, subestimemos a los niños y aceptemos que cierren su formación en prescolar con un bombardeo brutal del mágico mundo del color creado por don Walter Disney. ¿Hay de perdida una mínima contextualización sobre lo que van a bailar? ¿Saben de qué literatura surge la figura de Aladino? ¿Saben por qué se viste así? ¿Ubican a Hawai en el mapa? ¿Les han explicado que significó el rock'n roll en la cultura norteamericana de los cincuenta? Los niños bailan a ciegas lo que les encargan y es prescindible el mínimo soporte cultural que se requiere para entender lo que interpretarán. Desde esa edad son aleccionados para no preguntar, para aceptar sin inquietud una cultura impuesta desde Hollywood con el beneplácito de todos, para tener una visión fragmentaria y tonta de la realidad.

En suma, el gasto de energías y de dinero es ocioso en festivales escolares que tienen como principal inspirador al ratón Miguelito. Si los pequeños no van a crecer en la escuela, en vez de dilapidar tantos recursos mejor solución sería que se quedaran en casa y alquilarles por millonésima vez el video de *Toy Story*.